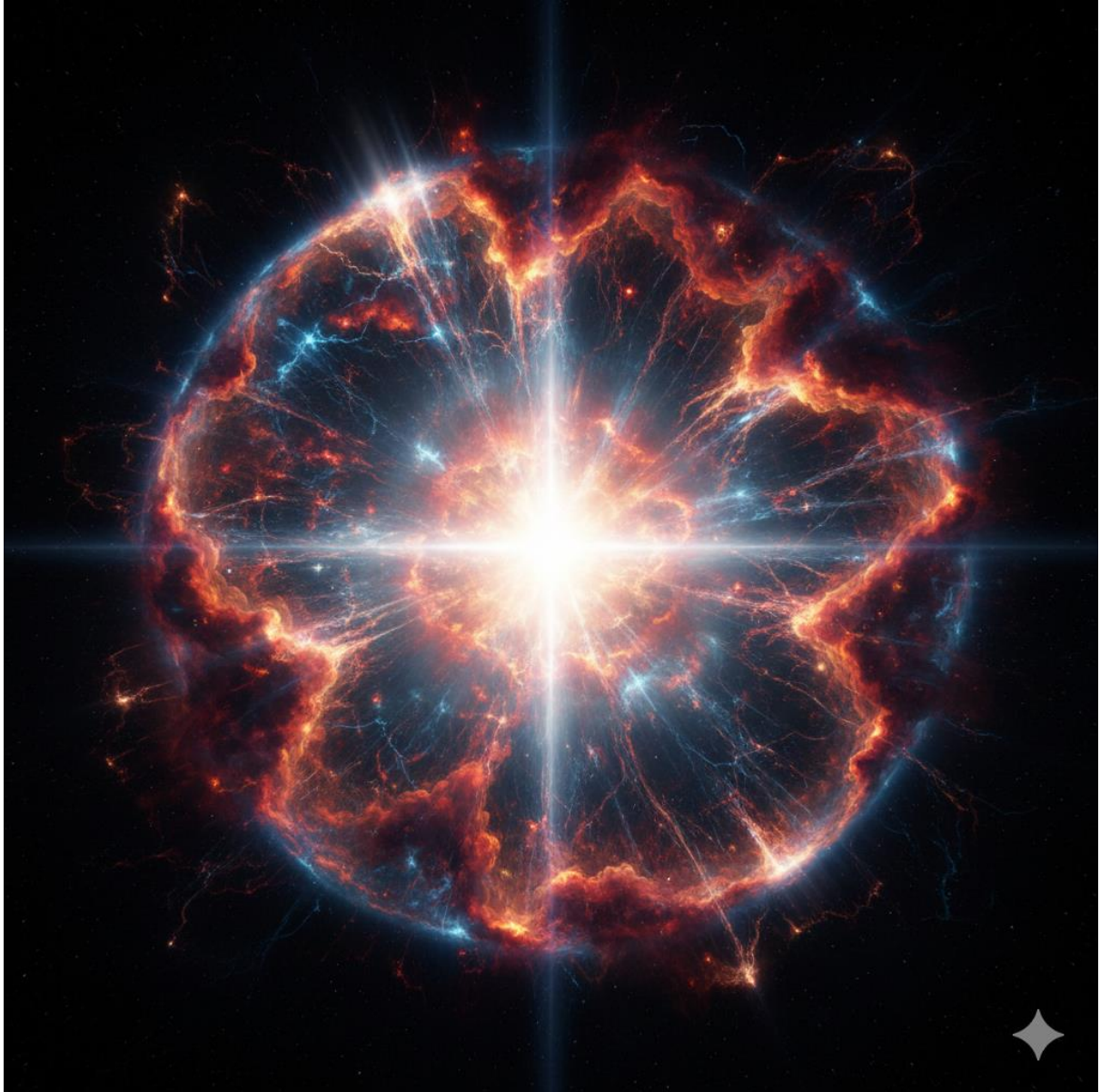


Eones

Cronista Anónimo (DARC)

© 2026 · CC BY-NC-SA 4.0



Eón Uno: Big Bang

La luz y el primer eón

En el principio, Dios creó el universo, no como un objeto terminado, sino como un campo abierto a la posibilidad, el universo estaba desordenado y vacío, no porque no hubiera nada, sino porque todo estaba mezclado. Energía sin forma, materia sin nombre, un océano de potencial donde nada podía distinguirse de nada.

Y el espíritu de Dios —la partícula de Dios—se movía sobre ese mar primordial, no caminaba, no reinaba, fluctuaba, como una vibración mínima recorriendo un abismo saturado de partículas, como una intención aún sin palabra. En ese mar, las partículas chocaban unas contra otras, sin estructura, sin estabilidad, en una danza ciega donde todo nacía y se disolvía al instante. No había aún átomos, no había aún luz que pudiera viajar, no había aún un “afuera” donde algo pudiera verse. Entonces el universo comenzó a expandirse y en esa expansión, que no fue un movimiento en el espacio, sino la creación del espacio mismo, los protones encontraron a los neutrones y, por primera vez, algo permaneció, se formaron los núcleos de Hidrógeno y helio, las semillas más simples de toda materia futura.

Pero el universo seguía siendo opaco, una niebla ardiente donde la luz no podía avanzar, atrapada en choques constantes, rebotando sin memoria, hasta que la expansión continuó y el caos comenzó a enfriarse.

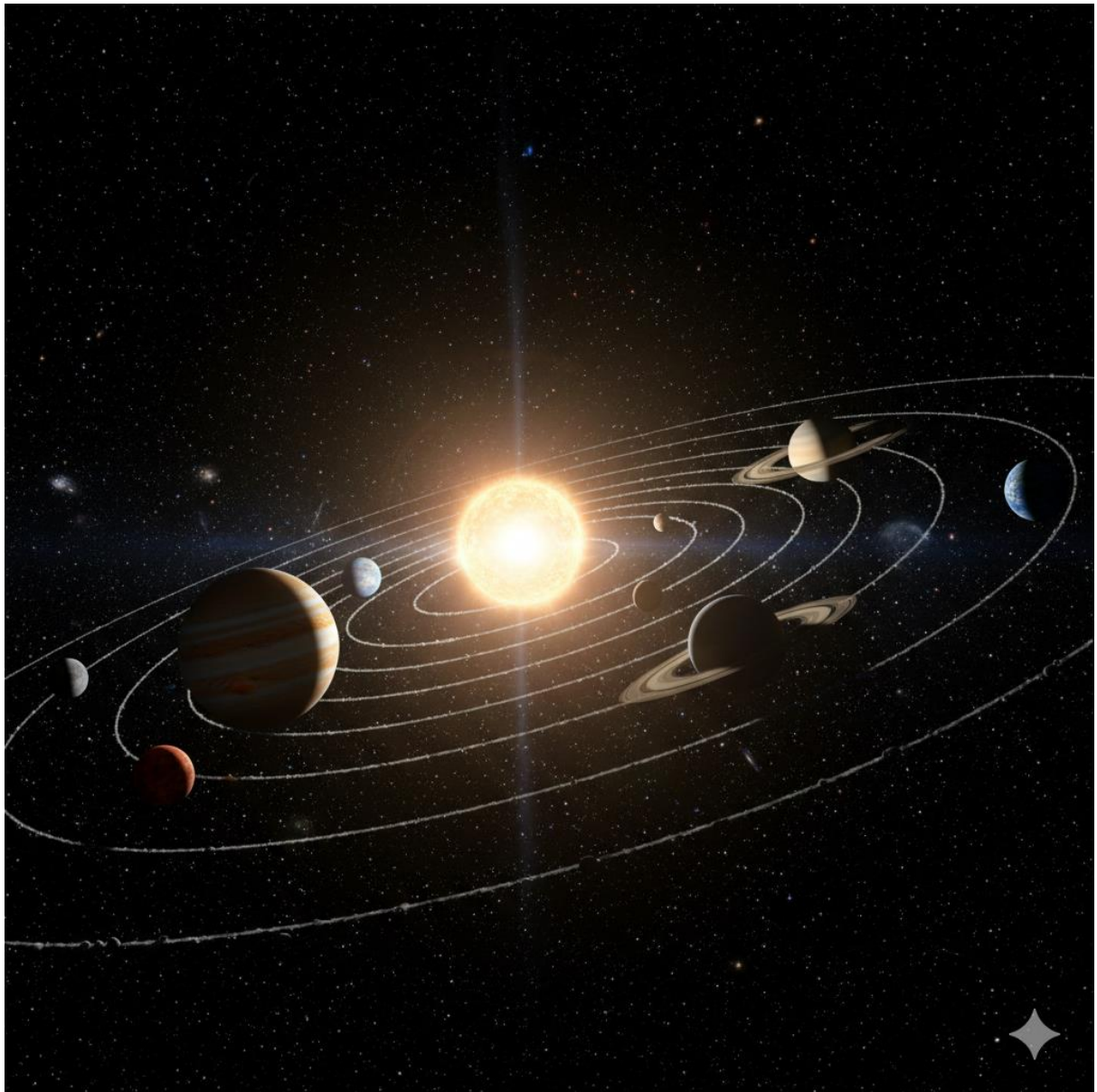
Entonces los electrones se unieron a los núcleos, los átomos nacieron como unidades completas, ya no meras tensiones, sino identidades. En ese instante, los fotones fueron liberados, la luz dejó de chocar, el universo se volvió permeable a la mirada.

Y Dios dijo:

Sea la luz. No fue la creación del Sol, ni de una lámpara en el cielo, fue la creación de la distinción, la posibilidad de ver, de separar lo que es de lo que no es, De trazar un límite entre presencia y ausencia. Y Dios separó la luz de la oscuridad.

No destruyó las tinieblas, les dio un lugar. Llamó a la luz Día y a la oscuridad Noche. Así nació el tiempo como alternancia, no como reloj, sino como ritmo.

Y fue la tarde, la retirada del caos, y fue la mañana, la aparición del orden. Fue el primer eón, no un día de veinticuatro horas, sino una edad del universo.



Segundo eón: Hipótesis nebular

Las grandes lumbreras (el cuarto día)

Y dijo Dios que los átomos de hidrógeno y helio se reunieran y se encendieran en el seno del espacio. Y la materia, obediente a la gravedad recién nacida, comenzó a juntarse.

Nubes

invisibles se comprimieron lentamente, girando sobre sí mismas, hasta que la presión fue tan grande que el fuego despertó en su interior.

Así nacieron las grandes lumbreras: los soles y las estrellas. No fueron colocadas en el cielo como lámparas, sino encendidas desde dentro, como hogares de fusión donde la materia aprendió a transformarse en luz. Cada estrella fue un corazón ardiente, una herida luminosa en la oscuridad del cosmos.

Y junto a ellas surgieron las estrellas errantes, los planetas, cuerpos que no brillan por sí mismos, pero que danzan alrededor del fuego, atraídos por su peso invisible. Entre ellos estaba la Tierra, todavía informe y ardiente, un mundo en gestación que giraba alrededor de una estrella joven.

Y dijo Dios que hubiera también una luna, una compañera que no vagara como las demás, una piedra fiel que señalara los meses y los años. Y la Luna fue formada del mismo origen que la Tierra, nacida del golpe y del residuo, del caos convertido en vínculo. No para alumbrar con luz propia, sino para reflejar, medir y ordenar.

Las lumbreras no fueron creadas para ser adoradas, sino para servir: para señalar los días, para marcar los meses, para contar los años y para separar los tiempos del caos. Así, el universo adquirió calendario. No humano aún, pero prefigurado.

El tiempo dejó de ser solo expansión y comenzó a ser ciclo. Las estrellas fijaron el fondo del cielo, los planetas aprendieron a girar, la Tierra encontró su estación y la Luna selló el compás. Y Dios vio que el orden era bueno.

Y fue la tarde, cuando el fuego se estabilizó, y fue la mañana, cuando los ciclos comenzaron. Fue el segundo eón, el día en que la luz encontró sus portadores y el universo aprendió a repetirse sin perder su forma.



Tercer eón: Súper Eón Precámbrico

El día en que Dios creó la Tierra (el segundo día)

El día en que Dios creó la Tierra no había aún planta del campo ni hombre que cultivara el suelo. No porque la vida hubiera sido negada, sino porque la Tierra todavía no estaba preparada para sostenerla. El mundo era joven y ardiente, su superficie inestable y su interior un mar de fuego.

Desde lo profundo del manto, la actividad volcánica abrió grietas por donde la Tierra exhalaba su aliento. No descendía todavía la lluvia del cielo, pero desde abajo el planeta sudaba. En los cristales ocultos de ringwoodita, enterrados a cientos de kilómetros de profundidad, el agua había sido guardada desde el nacimiento del mundo. Liberada por el

calor, esa agua ascendía en forma de vapor, cubriendo la superficie con una niebla espesa y caliente.

Antes de los mares visibles hubo vapor, y antes de los ríos hubo aliento. La Tierra estaba envuelta en aguas sin orden ni frontera, sin costas ni suelo firme que pudiera ser habitado. Todo estaba cubierto, pero nada estaba separado.

Y dijo Dios que hubiera un firmamento en medio de las aguas. Y el firmamento no fue una bóveda sólida ni un techo inmóvil, sino una región intermedia: la atmósfera naciente. Las aguas comenzaron a distinguirse no todavía en mares y continentes, sino en estados: las aguas de abajo, densas y envolventes, y las aguas de arriba, elevadas en vapor y nube. En ese mundo cubierto de agua y niebla, en los océanos aún sin forma, surgió la vida más simple. Las cianobacterias, pequeñas e invisibles, aprendieron a beber luz y a exhalar oxígeno. Durante edades incontables transformaron las aguas y, poco a poco, el aire mismo del planeta.

El oxígeno ascendió y en las capas altas del cielo se convirtió en ozono, un velo protector entre la Tierra y el abismo del espacio exterior. Así, el firmamento cumplió su función: no sostener estrellas, sino guardar la vida que aún no había nacido.

Y fue la tarde, cuando el vapor cubría el mundo, y fue la mañana, cuando el cielo comenzó a proteger. Fue el tercer eón, el día en que la Tierra fue creada, aunque todavía no podía verse.



La rakia

El firmamento descrito en el texto no es presentado como algo delicado ni etéreo, sino como algo extendido con fuerza, separado mediante tensión. El verbo utilizado sugiere un acto más cercano al trabajo del metal que a la construcción de una bóveda: algo que es golpeado, estirado y afirmado mientras aún está caliente. Puede imaginarse este proceso como el de un herrero que, con el hierro al rojo vivo, golpea una y otra vez para darle forma. Cada impacto levanta chispas, cada golpe

modifica la estructura, no para destruirla, sino para hacerla habitable. El metal no nace con forma; la recibe a través del choque.

De manera semejante, la Tierra primitiva fue moldeada en medio del fuego. Durante el bombardeo tardío, fragmentos del antiguo planeta Theia, junto con asteroides, cometas y meteoritos, impactaron una y otra vez sobre la superficie incandescente. De esos golpes surgió la Luna, se redefinió la corteza y se liberaron elementos que contribuirían a la formación de la atmósfera.

Las chispas del herrero encuentran su paralelo en los impactos celestes. No son actos de caos gratuito, sino parte de un proceso de conformación. El mundo no fue separado con delicadeza, sino trabajado con violencia creativa.

Así, el firmamento no aparece como un techo inmóvil, sino como el resultado de una larga forja cósmica: una región intermedia nacida del choque, del calor y de la presión, que terminaría separando la superficie habitable del vacío exterior.



Cuarto eón: Paleozoico

La tierra que emerge (el tercer día)

Y dijo Dios que las aguas se reunieran y que apareciera lo seco. Y la Tierra, que durante edades había permanecido cubierta, comenzó a tensarse desde dentro. Las placas se empujaron unas a otras, los fondos oceánicos se elevaron y el suelo, largamente oculto, volvió a mostrarse.

No surgieron aún continentes como los actuales, sino vastas masas unidas, super continentes primordiales como Gondwana, Eurasia o Pangea en gestación. La tierra seca apareció desnuda y desértica, marcada por volcanes y cicatrices, sin raíces ni sombra. No era todavía un jardín, sino el esqueleto del mundo.

Y Dios llamó a lo seco Tierra y a la reunión de las aguas Mares, y vio que era bueno. Sobre ese suelo recién expuesto, la vida comenzó a afirmarse fuera del agua. No surgieron árboles ni frutos, sino formas simples y resistentes: algas adaptadas,

musgos y helechos primitivos que aprendieron a vivir entre la roca y la humedad. Mientras tanto, en los mares, los peces exploraban las orillas. Algunos, empujados por la necesidad y la adaptación, se arrastraron hacia el lodo y respiraron aire por primera vez. Volvían al agua, pero regresaban una y otra vez a la tierra húmeda. Así nacieron los anfibios, criaturas puente entre dos mundos.

De ellos surgieron los grandes lagartos primitivos, señores de pantanos y selvas húmedas, formas diversas y dominantes que poblaron la Tierra durante largas edades. El mundo se llenó de vida exuberante, pero aún frágil, dependiente del equilibrio del clima y de la estabilidad del suelo.

Al final de esa era, cuando los continentes volvieron a cambiar y el clima se volvió hostil, muchas de esas criaturas desaparecieron. Fue la gran extinción del tiempo antiguo, el cierre del Paleozoico, cuando la Tierra volvió a quedar en silencio para prepararse de nuevo.

Y fue la tarde, cuando la vida conquistó la tierra, y fue la mañana, cuando el mundo aprendió que también sabe borrar. Fue el cuarto eón, el día en que el suelo emergió, la vida salió del agua y la creación avanzó dejando atrás sus primeras formas.



Quinto eón: Mesozoico

Los lagartos terribles y el cielo vivo (el quinto día)

Y dijo Dios que resurjan los peces y se multipliquen en los mares. Y después del gran silencio que siguió a la extinción del mundo antiguo, la vida volvió a ocupar las aguas. Surgieron nuevas formas, más ágiles y diversas, capaces de habitar desde las costas hasta las profundidades, llenando otra vez los océanos de movimiento.

Y dijo Dios que surgieran también los lagartos terribles(dinosaurios), y que llenaran los mares y la tierra. Y la Tierra respondió con exceso. Aparecieron reptiles de tamaño colosal, señores del agua, del suelo y del aire incipiente, criaturas de fuerza desmedida que dominaron el planeta durante edades enteras.

Los mares se poblaron de grandes depredadores, la tierra tembló bajo el peso de las bestias,

y el equilibrio del mundo se sostuvo en la abundancia y el clima. No eran criaturas del mal, sino expresiones extremas de la vida explorando sus propios límites.

Y de entre los lagartos terribles, algunos comenzaron a transformarse. Sus cuerpos se hicieron más ligeros, sus huesos se vaciaron de peso y sus extremidades delanteras se adaptaron al planeo y al salto. Las escamas se volvieron plumas, primero como abrigo y luego como alas.

Así nacieron las aves. No llegaron desde fuera ni fueron creadas aparte, sino que surgieron del linaje de los grandes reptiles, como una memoria refinada de la tierra que aprendió a elevarse. El cielo, que antes solo separaba, comenzó a llenarse de vida.

Y Dios bendijo a las criaturas del mar y del aire, y vio que era bueno. Y fue la tarde, cuando la vida alcanzó su mayor tamaño, y fue la mañana, cuando algunas criaturas se elevaron. Fue el quinto eón, el día en que la Tierra fue dominada por gigantes y el cielo se volvió, por primera vez, un reino viviente.



Sexto eón: Cenozoico

La caída de los gigantes y el nacimiento del hombre (el sexto día)

Y cuando los lagartos terribles dominaban la Tierra y los mares, el cielo volvió a intervenir. Una “roca gigante de fuego” cayó desde lo alto y golpeó el mundo con fuerza devastadora. El impacto oscureció el cielo, levantó polvo y ceniza, y quebró el equilibrio que había sostenido a los gigantes durante edades.

Con la caída del fuego murieron los grandes reptiles de la tierra, los señores de los mares y las criaturas colosales que habían llenado el mundo. Cayeron el Leviatán de las profundidades y el Behemot de la llanura, no por maldad, sino porque su tiempo había terminado. La Tierra volvió a quedar en silencio.

Pero no todo pereció. En cuevas, madrigueras y grietas ocultas bajo el suelo sobrevivieron criaturas pequeñas y discretas. Los mamíferos, que no dominaban por tamaño ni por fuerza, sino por adaptación y cuidado, esperaron mientras el mundo sanaba.

Cuando el polvo se asentó y la luz volvió a atravesar el cielo, los mamíferos emergieron. La

Tierra produjo entonces bestias del campo, animales que corren, que pastan y que cuidan a sus crías. El mundo se llenó de nuevas formas de vida, menos gigantescas, pero más variadas y persistentes.

Y al final surgió el hombre. No fue el más fuerte ni el más veloz, sino el que pudo recordar, nombrar y anticipar. Caminó erguido, liberó sus manos y comenzó a mirar el cielo con preguntas. Y Dios dijo que el hombre fuera hecho a su imagen, no en fuerza ni en tamaño, sino en conciencia. Al hombre se le dio dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo y las bestias del campo. No como tirano, sino como guardián, no como dueño, sino como responsable. Porque dominar no es destruir, sino comprender y cuidar.

Y Dios vio todo lo que había hecho, y vio que era muy bueno. Y fue la tarde, cuando la Tierra dejó atrás a sus gigantes, y fue la mañana, cuando apareció el ser que recuerda. Fue el sexto eón, el día en que el universo se volvió consciente de sí mismo a través del hombre.

Licencia y apoyo

Creative Commons BY-NC-SA 4.0

Atribución – NoComercial – CompartirIgual 4.0 Internacional

Esta obra se distribuye bajo la licencia **Creative Commons Atribución–NoComercial–CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)**. Se permite copiar, distribuir y adaptar el contenido de esta obra, siempre que:

- Se reconozca la autoría como **Cronista Anónimo (DARC)**.
- No se utilice con fines comerciales.
- Las obras derivadas se distribuyan bajo la misma licencia.

La lectura y descarga de esta obra son **libres y gratuitas**. Cualquier uso comercial requiere autorización expresa del autor.

Licencia completa: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

APOYO VOLUNTARIO · DONACIONES

Esta obra se comparte de forma libre y gratuita, como parte de un archivo abierto de reflexión, crónica y ensayo simbólico.

Si el texto te resultó útil, significativo o inspirador,

puedes apoyar voluntariamente la continuidad de este trabajo mediante una donación.

La donación no es obligatoria y no condiciona el acceso a la obra.

PayPal:

<https://paypal.me/dskartes>

Gracias por leer, por compartir y por sostener la palabra abierta.

Cronista Anónimo (DARC)

Archivo simbólico · Acceso abierto